



Muere Carlos Droguett, Premio Nacional de Literatura 1970. (Página 6)



Ana María del Río: "En «A tango abierto» está toda mi vida, la de mi generación, de mis amigos..."

Ana María del Río:

"Mis Escritos Son Pinturas Rasgadas A Cuchillazos"

por Ana María Larraín

Recién publicada su última novela «A tango abierto» (Editorial Alfaguara), la autora de «Tiempo que ladra» se mete en longuras y honduras para relatar la vida de una generación de jóvenes en la década de los 70. La historia, ambientada en Valparaíso, revela sus sueños y desencantos. Becaria de la Fundación Andes, Ana María del Río hoy aplana laberintos capitalinos para darle forma a su próxima obra: «Rezongos de fin de mundo».

UNA sonrisa ancha, como la ropa que la encubre, abre la puerta de la casa de Marta Blanco: allí se cobija Ana María del Río cuando está en Santiago. Los ojos no le han aterrizado ni un ápice y el brillo que los patina sigue hablando de adjetivos azules y de pájaros locos que planean en desbandada: "Vivo a tajo abierto, pero eso no lo cambiaría por nada".

"O vives, o miras"

—¿Hasta qué punto el personaje clave de su última novela es una suerte de prolongación evanescente de su propia autora?

—No, yo no soy Tamara (protesta, sin demasiada convicción). ¡Por desgracia, porque me hubiera gustado serlo! Admiro profundamente a las Tamaras y las he seguido, pero desde una platea. Tengo una curiosidad de gato, y eso, creo, fue lo que me salvó a mí. Cuando escribo, miro el asunto desde afuera.

—¿Difícil escribir, estando inmersa hasta el cuello?

—¡Es que no se puede, no más! Tienes que escoger. O vives, o miras. "Viviendo", no puedes. Me empezó a ocurrir en las fiestas de colegio. O me metía a concho y lo pasaba muy bien, o miraba la fiesta... ¡y lo pasaba igual de bien!

—¿Qué sacó de su familia para escribir A tango abierto? Porque aquí late en el trasfondo la propia biografía.

—Sí, te voy a decir la verdad, en A tango abierto está todo.



Toda mi vida, la de mi generación, mis amigos. De repente yo veía a Jorge (del Fierro, su marido) partir a juntarse con sus amigos de arquitectura de Valparaíso, la Shile (risas), y les pedía humildemente permiso para asistir: ya te dije, ¡soy curiosa como gato! Y empezaban: "te acuerdas cuando...". Yo les advertí hace mucho tiempo: "Voy a escribir una novela de estoooo" (cantando). Y el Blas de la novela me dijo: "A ver si podís, si eres tan "shora" (risas).

—¿No le parece que también A tango abierto es el pataleo de la nostalgia, el derecho al sueño y al encantamiento.

—¡Claro! También es un rezongo, un tango de fin de mundo. El golpe golpea, pero no sólo derrumba a las personas, sino sobre todo, produce ese espantoso desconcierto universal de ir hacia un lugar y de quedarse sin nada, en medio de la nada, sin pan ni pedazo. ¡El cambio de sintonía es total!

(Continúa en página 4)

700 COPPES '96

Mis Escritos Son ...

(Viene de la página 1)

—Pero siempre comienza otra manera de vivir y de pensar...

—Sí, incluso de relacionarse con el mundo exterior. Este grupo de Arquitectura que fuimos también todos nosotros, pensábamos que teníamos todo el tiempo del mundo para desperdiciar. Y teníamos nuestro café malo, nuestra Tamara. Y los intelectuales de la época, el propio Neruda, todos nos enseñaron que el mundo era nuestro: fuimos preparados para ser los triunfadores.

—¿Y no son todas las juventudes iguales?

—(Tajante) No. Mis hijos, los tuyos, son ¡super distintos! Ellos no tiene lema; nosotros éramos más de estandartes, de cosas escritas en papeles, de graffitis, "¡no!, ¡la libertad es así, el amor es así, o queremos que sea así!". Y nos subíamos arriba del cajón y pedíamos, con Sartre en el 68, lo imposible.

"Tengo resistencia para los golpes grandes"

—La dificultad siempre le ha quedado bien a Ana María del Río, ¿no?

—Fíjate que sí, tengo buena resistencia material para los golpes grandes. En cambio, para los de todos los días soy fatal. Una terrible ida al Jumbo no soy capaz de soportarla, me declaro totalmente inerte. Ir al banco, llevar el papelito, sacar tres fotocopias y dejarlas en la notaría...

—¿Cómo manejó la estructura de una novela colectiva como ésta, con tantos planos e interferencias, hasta con entrevistas?

—Al único truco a que acudí para que no se me fuera de las manos estructuralmente fue encerrar a todos los personajes en un espacio fijo: Valparaíso, pensión, año. Lo otro fue desmitificar y a eso van las cuchilladas de la entrevista, qué sucedió en un terrible paseo

que dimos con los niños en Valparaíso. Les hicimos un recorrido desde la pensión de Jorge hasta la Universidad, que se quemó. De ahí fuimos al Roland, donde grabé el interrogatorio sin que ellos supieran.

—Pero también hay otras cuchilladas...

—En lo esencial, son cuchilladas que le pega la nueva generación a la nuestra, para que tuviera una altura normal y no fuera una volada, una especie de algodón de feria: tú comes y no hay nada. Lo otro son las intervenciones de la Elenita, tan compuesta, la pobre, como "miles" de mujeres que conozco.

—¿Y el Conde, existe?

—Sí, ¡y es maravilloso! El hombre más seductor que he conocido en mi vida. Es real, como todos los demás, pero también irreal, porque representa un estamento.

—¿Qué otros elementos de la realidad la inspiraron?

—El desencanto. No ese jodido, medio morbo, sino ese desencanto bien llevado, de afeitarse todos los días...

—¿Por qué hombres? ¿Cree que las mujeres no sufrimos desencanto?

—No, pero las mujeres lo llevan de otra manera. Ellas se vuelven más Elenitas: es el peligro que tenemos. Se dejan absorber por la realidad y piensan: "No puedo deprimirme, porque tengo que ir al supermercado".

—Pero hay un encanto, además, en el desencanto, ¿no cree?

—Sí, tiene todo su bouquet. Y consiste en tener una sensación íntima de que la vida se ha vivido a concho, de que el asunto es calificativo y no cuantitativo: no tengo ni un solo auto, pero me queda la capa azul del Conde guardada con naftalina. ¡Eso puede ser, eso es absolutamente mágico y eso existe! Es lo que mantiene vivas otras cosas.

—¿De qué manera une usted la idea de fracaso a la de desencantamiento?

—El fracaso está "trufado". Es decir, mechado, adentro. El desencanto puede "trufar" un fracaso, pero nunca lo configura por entero. Por ejemplo, los tangos son desencantados, pero no fracasados. Y el desencantado es un encantado potencial: el que espera el viernes en la noche que empiece la magia y el domingo por la tarde se da cuenta de que... ¡nada!

"Soy bastante ratón cuando vivo"

—¿Y cuál es su manera de conjurar, digamos, el horror del domingo?

—Escribiendo: ahí tengo libertad total. Porque en otro plano, soy más seca. Me gusta,



Ana María del Río: "Me paseo, doy vueltas a la manzana leyendo en voz alta mis textos, porque sólo ahí veo lo que sobra, lo feo, lo repetido."



sí, inventar cosas divertidas con otras personas.

—Bueno, ¿y por qué, entonces, esa pinta de Elenita, toda compuesta?

—Es que yo puedo ser loca, pero terriblemente tímida. Y ahí está la compostura. Además, una cosa espantosa: soy súper trabajadora. ¿Has visto nada más atroz? Y la parte culposa me funciona en gloria y majestad, como en toda mi familia.

—¿Tan trabajadora, como para tomar el desafío de escribir una novela larga y compleja en "un" año?

—Ah, es que me pasó algo peor: yo llegué a Chile hace cuatro meses, cuando me vine a Santiago. Fue tanto, que me recorrí Santiago completo buscando algo. Un salto, porque la mía no va a ser una novela histórica, sino contemporánea, y el norte está lleno de esas princesas incaicas que hoy limpian excusados o... ¡no sé!

—¿Y que encontró, finalmente?

—Encontré caras en una esquina maravillosa y, lo mejor: encontré un tono. Recorrí Dieciocho, me portuguilé la calle completa, San Diego, todo eso. Y ahora tengo claro que hay dos voces... ¡Y pare de contar!

—¿Diría usted, entonces, que la escritura es una espada de Damocles o una antorcha de libertad?

—La parte negativa se la lleva más mi familia que la escritura... y yo misma, también. Porque eso de expandir el espíritu sólo funciona cuando se escribe. Soy bastante ratón cuando vivo. Cuando escribo, no es que me transforme, pero sí tengo otra voz. Pero que quede claro: el escribir "duele". ¡Pobre familia la mía! Siento que los abandono, que nunca hago bien las compras... ¡y gasto mucho más de lo necesario, parece! (Risas).

—¿Por qué no escribe, no más, y se deja de pedir perdón?

—¡No sé! (Es cómica su desesperación). Es mi manera de vivir, arratonada, y tal vez por eso ando tan compuesta por fuera.

—¿Es cierto que "mucho barro hay que batir / en la vía del sepulcro / no hay oficio

menos pulcro / que el oficio de vivir" (tango).

—¡En absoluto! Uno puede ser pulcrísimo al vivir y terriblemente poco pulcra al escribir. Es más, si uno quiere decir algo, "Debe" ser poco pulcra.

"Quise hacer un homenaje a la amistad de los hombres"

—¿Mientras más ripio, mejor?

—En algún sentido: si le llevas las riendas al ripio. ¡No sabes la de cosas que le he tenido que sacar a esta novela! Un capítulo que tenía 125 páginas terminó en 4 líneas, para ser elocuente: el resto estaba sobrando.

—Usted celebra cuando termina una novela. ¿Qué siente cuando le pone punto final a un relato?

—El cuento es una especie de costra que se desprende de uno; es más concisa, más breve y más dolorosa. Hay mucha alegría en terminar una novela, hay todo un fausto. El cuento se acaba y sientes una especie de desbaste: salió un pedazo.

Su Próxima Novela

●—Ahora estoy en una situación especial, por Beca de la Fundación Andes. Así, en la mañana voy a la Biblioteca Nacional, me instalo en la Sala de los Fundadores y pido un tomo de los manuscritos de José Toribio Medina... ¡hasta el infinito!

●—Anusta, la protagonista de mi próxima novela, *Rezongos de fin de mundo*, es verdadera, pero reconocida por los historiadores. Aparece en las crónicas todo lo que la rodea, pero sólo un historiador, y es muy novelero, le da cabida real en sus páginas peruano Rómulo Cuneo Vidal. Todos los días hablan de los hombres que iban en la expedición y

—Borges dice que "el cuento es un breve sueño, una corta alucinación". ¿Qué le parece?

—Mal. Pero sí es una corta lucidez.

—Hay otro tema pendiente: el de la amistad entre los hombres, que Sabato y Borges catalogan como mucho más linda que la de las mujeres. ¿Qué piensa usted?

—Justamente, yo quise hacer un homenaje a la amistad de los hombres, una de las cosas hermosas que conozco. La amistad de mujeres es más pas de deux. Ellos, cuando están juntos, tomando, recordando, como que definen de alguna manera el mundo: nunca dicen, por ejemplo, "lo que es yo...", sino llegan y se insertan objetivamente en el tiempo, en la época.

—¿Lee en voz alta sus escritos como Flaubert? Se lo pregunto porque su prosa tiene un ritmo muy propio.

—No sabía lo de Flaubert, pero... ¡qué curioso, yo hago lo mismo! Pero además me paseo, doy vueltas a la manzana leyendo en voz alta, porque sólo ahí veo lo que sobra. No lo que falta, sino lo feo, lo que no va, lo repetido, las renarraciones.

—Usted se había autocalificado antes como

escritora de nouvelles, ¿por qué?

—Por la elegancia que le asigno a la brevedad. Pero esta vez, ¡a la mierda la elegancia! El personaje se me empezó a expandir, a tomar toda la silla de a través, como dice Cortázar.

—Bioy Casares se considera un cuentista que escribe novelas, porque le interesa armar una historia y no los personajes ni sus situaciones. ¿Cuál sería su caso?

—Exactamente al revés: no me interesa la anécdota, y sí me interesan los gestos, los ritos, las cosas, las maneras de reaccionar, las intervenciones. La mía es una pintura rasgada a cuchillazos.



Ana María del Río a los dos años.



Imágenes de Valparaíso, tomadas por su hija Paula en un paseo que ambas hicieron para recorrer los lugares donde se desarrolla la novela.